

Francisco Javier Crespo Sánchez

## LA FAMILIA SENTIMENTAL: IMÁGENES Y DISCURSOS EN LA PRENSA DEL SIGLO XIX\*

**RESUMEN:** Durante el siglo XIX, los discursos que sobre la familia aparecieron en la prensa, fueron introduciendo nuevas visiones que transformaron la imagen que sobre ella se tenía. Desde un modelo más propio del Antiguo Régimen, basado en la jerarquía y en la autoridad, se fueron introduciendo renovados valores que trataron de promocionar un estereotipo más sentimental y afectivo. El objetivo de este trabajo es analizar qué se decía sobre la familia, cómo se matizaban las relaciones entre sus miembros y cuál era el modelo deseado por estos escritores, teniendo en cuenta siempre la decidida apuesta que se llevó a cabo por la inclusión de los sentimientos y los afectos dentro de esas dimensiones normativas. En definitiva, se trata de identificar qué cambios, permanencias y adaptaciones sufrieron los discursos sobre las familias, centrandó la atención en la relación entre los esposos, en el cariño hacia los hijos y en la promoción del hogar como espacio ideal para su desarrollo. Para conseguir este análisis, se ha utilizado como fuente un conjunto de publicaciones periódicas pertenecientes al siglo XIX, de diversas tendencias ideológicas y provenientes de distintos momentos cronológicos. Con todo ello, se podrá determinar qué papel jugaron estas nuevas dimensiones en la configuración teórica y discursiva del sujeto familia.

**PALABRAS CLAVE:** familia, matrimonio, hogar, sentimientos, prensa.

### THE SENTIMENTAL FAMILY: IMAGES AND SPEECHES IN THE PRESS OF THE XIX CENTURY

**ABSTRACT:** During the nineteenth century, the discourses about the family that appeared in the press, were introducing new visions that transformed the image that the people had about it. From a characteristic pattern of the Old Regime, based on hierarchy and authority, they were introduced renewed values that tried to promote a more sentimental and emotional stereotype. Thus, the aim of this paper is to analyze what was said about family, how were the relations between its members and what was the model desired by these writers, always taking into account the strong commitment that was conducted by the inclusion of feelings and affections within these policy dimensions. In short, we want to identify what changes, continuities and adaptations suffered speeches about families, focusing on the relationship between the spouses, in the affection to the children and the promotion of home as an ideal family place. To achieve this analysis, we have used a set of newspapers belonging to the nineteenth century, of various ideological trends and from different time points. With all this, we can determine what role did these new dimensions in the theoretical and discursive configuration of the subject family.

**KEYWORDS:** family, marriage, home, feelings, press.

¿Era la familia un tema presente en la prensa que recorrió el siglo XIX? ¿Qué se decía de ella? Y sobre todo, ¿cómo se hablaba de ella? ¿Qué nuevos aspectos se resaltaban? ¿Qué facetas seguían estando

---

\*Este trabajo se inscribe en el Proyecto de Investigación: HAR2013-48901-C6-1-R "Familias e Individuos: Patrones de modernidad y cambio social (siglos XVI-XXI)", financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

Abreviaturas utilizadas: Bne (Biblioteca Nacional de España), Amm (Archivo Municipal de Murcia), Gb (Google Books).

presentes? Todos estos interrogantes han sido el punto de partida que ha animado el presente trabajo, que en última instancia pretende comprender cómo se gestó el discurso sobre las formas familiares a través de una fuente tan dinámica como la prensa decimonónica. Qué duda cabe que la familia y sus miembros habían sido de interés para las corrientes de pensamiento que circuncidaron el siglo XVIII, pues ilustrados, religiosos o el propio discurso de los ministros de la Monarquía – entre otros –, ya habían incidido en sus formas y en su desarrollo. Partiendo desde esa base, la herencia que se había construido en tiempos precedentes, y que también había tenido su reflejo en la prensa, se quiere seguir profundizando en lo que se ha denominado la «creación de la familia sentimental».

Para conseguir este objetivo, la prensa ha sido la fuente fundamental de estudio. Sobre ello, hay que destacar que ésta no ha interesado más que como contenedora de discursos y mensajes, por lo que no se ha procedido a un análisis en sí mismo de la prensa, sino de los contenidos que ésta manifestaba hacia la opinión pública. En todo caso, y en sintonía con lo que propone Bolufer Peruga, lo que ha primado ha sido la interpretación de la prensa no como un espejo fiable de lo que sucede en la realidad, sino como «un instrumento que trata de modelarla, creando opinión, transformando percepciones y comportamientos»<sup>1</sup>. Asimismo, no se puede dudar del importante papel que jugó el periódico durante el siglo XIX como medio de comunicación privilegiado, no solo para expresar ideas políticas desde las diversas corrientes ideológicas, sino como correa de transmisión de valores y formas de comportamiento<sup>2</sup>. De otro lado, a nadie escapa que la centuria decimonónica española es un periodo complejo, jalonado por diversas formas de gobierno y por una gran conflictividad social que igualmente influyeron en el universo de la palabra escrita. De ahí que, a pesar de las múltiples etapas y las diferentes formas de entender el periódico que se dieron en cada una de ellas, se haya tratado la prensa como un todo unitario en el que se ha destacado su contenido discursivo por encima de todo.

Ligado a lo anterior, hay también que tener presente que será el concepto opinión pública el que otorgue gran potencia a un estudio de estas características. Asumiendo su pluralidad de significados, lo que interesa es comprender que la opinión pública irá incrementando su

---

<sup>1</sup> M. Bolufer Peruga, *Mujeres e Ilustración. La construcción de la femineidad en el España del siglo XVIII*, Institució Alfons el magnànim, Valencia, 1998, p. 24.

<sup>2</sup> G. Capellán de Miguel, *La opinión secuestrada. Prensa y opinión pública en el siglo XIX*, «Berceo», n. 159 (2010), p. 24.

protagonismo hasta el punto de convertirse – a partir de 1812 y de forma consolidada desde 1845 – en un actor político más; dejando así de lado el primer sentido ilustrado del término (más propio del siglo anterior) y tomando su razón de ser en un componente de signo político (concretamente de orientación del poder)<sup>3</sup>. De igual forma, yendo más allá de una visión política del asunto, pero que sirve al mismo tiempo para ofrecer una imagen tangible de la importancia que adquirió el mismo, lo que indica este proceso es esa capacidad para conseguir la orientación social, el moldeado de las conciencias y la implementación de determinadas formas de comportamiento por parte de los individuos que tenían acceso a los contenidos de la prensa. Por tanto, y como tan acertadamente ha indicado Benigno, el dominio ansiado por la opinión pública se transforma en muchas ocasiones en ideología, en formas de pensamiento que ya no solo deben quedar reducidas al espacio externo, sino que pretenden penetrar en el interior de las personas, es decir, en «el foro de las conciencias»<sup>4</sup>.

En definitiva, y a tenor de lo hasta ahora expuesto, lo que se quiere dejar patente es que dentro del estudio del sujeto familia a través de los discursos que manifestaba la prensa, lo importante es tener en cuenta como elemento de referencia el «ecosistema informativo»<sup>5</sup>. O lo que es lo mismo, los respectivos debates de fondo, las versiones encontradas sobre un mismo concepto y las diversas corrientes de opinión que trataron el tema referente a la realidad familiar.

Para conseguir esto, y a modo de metodología, más allá de la Historia de la Familia y de la nueva Historia Social – que debe devenir en una renovada «historia de la sociedad» –, han resultado fundamentales las aportaciones de la Historia Cultural, pues como ya indicara Burke, el interés por las formas de pensar y por las representaciones (es decir, lo simbólico y su materialización) encuentra en esta disciplina una de sus grandes herramientas<sup>6</sup>. En este sentido, lo que aporta la Historia Cultural es la capacidad para entender cómo se gestaron los procesos que lograban transmitir ideas hacia la opinión pública, no solo con el objetivo de influirla u orientarla, sino con el interés de crearla y consolidarla. De otro lado, y desde el punto de vista del tratamiento directo de la fuente, el “análisis de contenidos” ha sido el método utilizado,

<sup>3</sup> I. Fernández Sarasola, *Opinión pública y libertad de expresión en el constitucionalismo español (1726-1845)*, «Historia constitucional», n. 7 (2006), p. 173.

<sup>4</sup> F. Benigno, *Las palabras del tiempo. Un ideario para pensar históricamente*, Madrid, Cátedra, 2013, pp. 250-251.

<sup>5</sup> C. Almuíña Fernández, *Historia y opinión pública. Grandes debates tradicionales*, en E. Arias, E. Barroso, M. Parias, M.J. Ruiz, *Comunicación, historia y sociedad. Homenaje a Alfonso Braojos*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2001, p. 46.

<sup>6</sup> Tema trabajado en P. Burke, *Formas de historia cultural*, Alianza, Madrid, 2000.

pues ha permitido el diseño de una investigación en la que se ha podido verificar las hipótesis de partida y la realización de inferencias sobre las características del texto, las causas del mensaje y los efectos del proceso comunicativo<sup>7</sup>. Por ello, el factor común que ayuda a combinar todas estas técnicas que se aplican al conocimiento de los discursos se encuentra, según Bardin, en una hermenéutica controlada, basada en la deducción y en la inferencia<sup>8</sup>. Estos son los puntales teórico-metodológicos que sustentan el estudio de la afectividad familiar a través de los discursos que recoge la prensa.

En resumen, este análisis quiere reflejar cómo era la relación entre los esposos, qué sentimientos se tenían con respecto a los hijos y cuáles eran las características que debía reunir el espacio por antonomasia de la familia: el hogar. Así, se trata de detectar los cambios, permanencias y adaptaciones en los discursos – si los hubiera –, con el objetivo de dilucidar qué transformaciones se operaron en la familia que transitó durante el siglo XIX. ¿Se trataba de una familia extensa o reducida? ¿Jugó el amor conyugal entre los esposos un nuevo papel en sus formas de relacionarse? ¿Se veía la educación de los hijos como un elemento importante? A través de diversos artículos de prensa, procedentes de cabeceras de diferente ideología y cronología, se podrá comprender si esa familia sentimental, si ese giro hacia nuevas sensibilidades en el fuero interno de la familia, fue una realidad discursiva o si por el contrario quedó expuesta de forma marginal en un reducido número de periódicos. Como «célula básica de la sociedad»<sup>9</sup>, la importancia de la familia está más que sobradamente comprobada, por lo que cualquier acercamiento a la misma se convierte en un acicate más para conocer los cambios sociales que en ella acontecieron.

### **La construcción discursiva del «mundo de los sentimientos» (siglos XVIII-XIX)**

El mundo de los sentimientos no es una realidad exclusivamente decimonónica, de hecho, se podría decir que durante el siglo anterior muchos de estos factores fueron apareciendo de forma continuada.

---

<sup>7</sup> F. López Noguero, *El análisis de contenido como método de investigación*, «Revista de Educación», n. 4 (2002), pp. 167-179.

<sup>8</sup> L. Bardin, *El análisis de contenido*, Akal, Madrid, 1986, p. 7.

<sup>9</sup> F. Chacón, *Familias, sociedad y sistema social. Siglos XVI-XIX*, en F. Chacón, J. Bestard (eds.), *Familias. Historia de la sociedad española (siglos XIII-XXI)*, Cátedra, Madrid, 2011, pp. 325-392.

Sin embargo, lo que parece que trae de nuevo esta centuria es una puesta en valor de estos, como si desde ese momento fueran un conjunto de valores que debían ser tenidos muy en cuenta en el instante de formar una familia.

Si se presta atención a los orígenes, indudablemente se debe atender a los elementos que introdujo el movimiento ilustrado, que en España, a pesar de los eternos debate en torno a su razón de ser, se dejó sentir bien durante el siglo XVIII. En este sentido, los pensadores ilustrados tampoco cambiaron los ejes programáticos que habían confeccionado el modelo familiar a ultranza. De ahí que principios como la jerarquía del padre y la subordinación del sexo femenino al masculino siguieran muy presentes. Más bien, se introdujeron nuevas ideas que adecuaron el matrimonio y la familia a los intereses que movían a estos ilustrados. A destacar es el caso del matrimonio, donde el ideario ilustrado siempre defendió que los mejores enlaces eran aquellos que se realizaban por amor, pero siempre y cuando estos se efectuaran entre personas iguales, es decir, que pertenecieran a la misma clase social. El telón de fondo de esta argumentación teórica era que solo estas uniones eran las correctas, pues los contrayentes compartirían la misma moral y costumbres<sup>10</sup>.

En todo caso, y para el tema que ocupa este trabajo, lo que se detecta en ese planteamiento sobre el matrimonio – que tenía en cuenta razones más allá de los acuerdos entre hombres para acordar uniones provechosas – es un cierto paso desde la misoginia más tradicional hacia una valoración de los roles ejercidos por la mujer. Paulatinamente se estaba generando un sentimiento de mayor aceptación del sexo femenino, hecho que aumentaba su papel de complementariedad en el núcleo de la pareja. Para la Ilustración, uno de los temas que más espacio ocupó fue la tensión entre razón y sentimiento, que en el caso del mundo femenino cobraba más sentido si cabe. No hay que olvidar que las formas de acercarse al universo de los afectos desde perspectivas femeninas cambiaron notablemente en función de las experiencias de vida y el ambiente social e intelectual al que estuvieran sometidas las mujeres<sup>11</sup>; faceta que complicaba sobremanera las argumentaciones efectuadas sobre esta temática.

Al igual que el matrimonio, la familia era un sujeto que preocupaba a estos intelectuales, pues se configuraba como una pieza fundamental

---

<sup>10</sup> I. Morant Deusa, *El hombre y la mujer en el matrimonio. Moral y sentimientos familiares*, en F. Chacón, J. Hernández Franco, F. García (eds.), *Familia y organización social en Europa y América, siglos XV-XX*, Universidad de Murcia, Murcia, 2007, pp. 185-209.

<sup>11</sup> I. Morant Deusa, M. Bolufer Peruga, *Sobre la razón, la educación y el amor de las mujeres: mujeres y hombres en la España y en la Francia de las luces*, «Studia Histórica. Historia Moderna», n. 15 (1996), p. 202.

para poder cumplir con sus anhelados planes reformistas. Como bien se ha expuesto, «para los ilustrados, era la institución que proporcionaba cohesión a la sociedad y que debía transmitir los valores morales que formasen el ciudadano útil y súbdito obediente»<sup>12</sup>. De esta forma, y unido a esa nueva valorización del papel de la mujer – como esposa y como madre – se empezaba a perfilar una familia que distaba de la que había protagonizado el Antiguo Régimen. Ahora, los lazos familiares debían quedar impregnados por la afabilidad, el buen trato y el entendimiento, componiendo un cuadro doméstico matizado por los sentimientos y las sensibilidades. Evidentemente, esa visión «más sentimental» de la mujer, del matrimonio y de la familia, llevaba parejo un giro hacia lo íntimo, es decir, hacia la vida interna de la familia.

Junto a los pensadores ilustrados, la Iglesia católica siguió tratando de controlar y definir cuál era el matrimonio deseado y la correcta familia. Aunque en ocasiones sus manifestaciones estuvieron en sintonía con las expresadas por la Ilustración, en otras muchas difirieron en sus planteamientos. A saber, la importancia de los matrimonios por amor y la indisolubilidad de estos, salvo en casos excepcionales, fueron sendas señas de identidad de lo que se planteaba desde su ideología, o más bien, desde sus planteamientos dogmáticos. El matrimonio, sacramento que había sido definido de manera pormenorizada desde el Concilio de Trento, fue uno de los grandes caballos de batalla que preocupó al pensamiento eclesiástico. De hecho, y desde el punto de vista más formal, lo que se llevó a cabo fue un socavamiento del control familiar de estos enlaces en beneficio del protagonismo religioso<sup>13</sup>. O lo que es lo mismo, y fruto de la ambigüedad mostrada por la institución, frente a los sentimientos de los contrayentes o de las familias, debía primar lo expuesto por la Iglesia. En definitiva, era la escenificación tangible del paso del rito desde el ámbito de lo civil al de lo eclesiástico, la primacía de los sentimientos religiosos frente a los humanos.

Y para ello, para ir moldeando esas nuevas concepciones, que aunque no distaban mucho de lo que tradicionalmente había expuesto el pensamiento religioso sí que se adaptaban en algunos aspectos, se hizo indispensable el cambio en la concepción de la mujer (proceso que como se ha visto es paralelo al experimentado por el movimiento ilustrado). De ahí que poco a poco se fuera transformando la visión de la mujer desde la tradicional Eva pecadora (fuente de los males de la humanidad y de su condena) hacia el manido arquetipo del «ángel del

<sup>12</sup> I. Morant Deusa, M. Bolufer Peruga, *Amor, matrimonio y familia*, Síntesis, Madrid, 1998, p. 98.

<sup>13</sup> A. Prospero, *El Concilio de Trento. Una introducción histórica*, Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo, Valladolid, 2008, p. 116.

hogar»<sup>14</sup>. En esa nueva conceptualización, la mujer era ante todo madre, por lo que necesariamente se la relacionaba con la vida hogareña y las tareas domésticas. Lo que se estaba planteando era un rol que la incardinaba al cuidado de la familia (esposo e hijos) y al mantenimiento de la casa. Complementando a lo anterior, la mujer era la garante de los buenos valores y sentimientos religiosos, que debía transmitir a las generaciones futuras, misión que era tan importante como las anteriores. Así, la construcción de ese modelo, encontraba sentido en esa dicotomía que unía las dimensiones físicas y espirituales, y que necesariamente debía nutrirse de una novedosa forma de ser que implicaba la presencia del cariño y de otros sentimientos fraternales. En definitiva, y avanzando en el tiempo, el icono femenino del siglo XIX para el pensamiento religioso – necesario para poder construir su idea de familia – fue el de la mujer que representaba el rol de «reina del hogar», pero que a la vez estaba respaldada por un sistema patriarcal que la seguía sometiendo a la primacía masculina y hacía que ésta mostrara como dones naturales su inclinación por los afectos y los sentimientos.

Junto a la Ilustración y al pensamiento religioso, no hay que olvidar que el siglo XIX trajo consigo nuevas formas de organización social que también influyeron de forma notable en la confección de la familia sentimental. El creciente protagonismo de la burguesía, que progresivamente fue entendiéndose con los postulados eclesiásticos, terminó por consolidar el ideal de los sentimientos en las relaciones familiares. Es el caso, por ejemplo, de la figura paterna, que dentro de la concepción liberal burguesa se le siguió otorgando la suprema autoridad dentro de la familia, pero ya no desde un autoritarismo gratuito, sino desde un mandato en el que primaba el diálogo, la comprensión y el amor<sup>15</sup>. Como se puede ver, se advierte una cierta continuidad entre las formas presentes durante el siglo XVIII, que vienen a completarse – cuando no a consolidarse –, en el desarrollo de la centuria decimonónica.

Otro de los puntales sobre los que se construirá esa nueva imagen de la familia será la atención hacia los hijos. Cuidados que no solo debían ser físicos, sino también morales y espirituales. En relación con estos aspectos, existirá una convergencia tácita entre lo expuesto por

---

<sup>14</sup> M.A. Cantero Rosales, *De perfecta casada a ángel del hogar o la construcción del arquetipo femenino en el siglo XX*, «Revista electrónica de estudios filológicos», n. 14 (2007).

<sup>15</sup> A. Irigoyen López, *Cambios en las estrategias familiares en la Argentina del siglo XIX: ¿repensando el matrimonio?*, Trabajo presentado en el V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, 2013.



ilustrados, por el pensamiento religioso y por las corrientes médico-higienistas.

El renovado interés por la infancia se matizará en dos direcciones bien definidas. De un lado, la familia sentimental necesitaba de un nuevo modelo de padre que, al igual que la madre, prestara más atención a la educación de sus hijos y permaneciera durante más tiempo en el hogar. Partiendo de la idea que se exponía más arriba – una cierta dulcificación de su jerarquía y autoridad –, el padre debía ocuparse de que sus hijos tuvieran una correcta instrucción, no solo a partir del modelo y el ejemplo que el mismo representaba, sino en su posterior asistencia a la escuela. En ese punto, debía preocuparse por efectuar una correcta elección de maestros y vigilar la buena marcha moral de sus retoños. Ese nuevo padre que se buscaba – en el siglo XVIII por el pensamiento ilustrado y en el siglo XIX por otras corrientes de pensamiento como el liberalismo – sería otra de las bases sobre las que se construía teóricamente el modelo de familia que se quería promocionar desde la prensa. Incluso, y como muestra de la importancia de todos estos procesos, se ha propuesto que la figura paterna es la clave para entender la vida privada de las familias del siglo XIX<sup>16</sup>.

Asimismo, la madre, de la que ya se han comentado algunos aspectos, sufrió un proceso similar en lo que a su relación con los hijos se refiere. Ese interés no fue exclusivo de la prensa, pues como se ha expuesto, en el siglo XIX se desarrolló una extensa literatura especializada en la mejora de la crianza física de los hijos. Además, este tipo de escritos se preocupaban intensamente por los efectos del amor y el desamor maternal, así como por las cuestiones referentes a la salud moral<sup>17</sup>; síntoma de esa mayor relevancia por el universo de los sentimientos. Al mismo tiempo, y como un exponente más de ese discurso que se desarrolló desde diversos medios, se comenzó a revalorizar la lactancia materna (faceta que había sido ampliamente defendida por el pensamiento ilustrado, pues la equiparaba con la máxima expresión de la maternidad en todos sus aspectos)<sup>18</sup>. De hecho, al insistir en la relación madre-hijo, este discurso sobre la lactancia ayudó en la confección de la familia sentimental, pues elevaba a ésta al espacio natural de los afectos.

<sup>16</sup> M. Perrot, *Figuras y funciones*, en P. Ariés, G. Duby (dirs.), *Historia de la vida privada. La revolución francesa y el asentamiento de la sociedad burguesa*, vol. 7, Taurus, Madrid, 1991, p. 127.

<sup>17</sup> M.M. Iribarne González, *Discursos sobre la maternidad científica. Una perspectiva crítica*, «Investigaciones feministas», v. 1 (2010), p. 196.

<sup>18</sup> C. Rosas Lauro, *Madre solo hay una. Ilustración, maternidad y medicina en el Perú del siglo XVIII*, «Anuario de Estudios Americanos», v. 61, n. 1 (2004), p. 131.



Por otra parte, también se siguió insistiendo en la campaña contra las amas de cría y las nodrizas, cuyo uso debía ser eliminado por resultar del todo nocivo para la higiene de los infantes. Culpándolas incluso de la muerte de muchos niños, se esgrimían todo un conjunto de razones que debían hacer recapacitar sobre el empleo de estas mujeres. Solo la madre debía encargarse del cuidado íntimo de sus hijos, pues de lo contrario no estaría cumpliendo con su misión y estaría dejando de lado los verdaderos sentimientos que debía manifestar hacia su prole.

Por último, señalar que este ambiente de cambio progresivo no fue un elemento que se diera únicamente en territorio español, sino que, como ha indicado Goody, en el resto de Europa, especialmente en las sociedades protestantes, también se produjeron importantes variaciones en la vida doméstica en relación a su vertiente sentimental, siendo especialmente notable la nueva realidad dada entre el marido y la esposa, matizada por una mayor apuesta por la cooperación y complementariedad entre sus roles. De otra parte, las relaciones entre padres e hijos también se vieron transformadas, auspiciadas quizás por el descubrimiento del “valor económico de estos últimos”, pero también por la decidida apuesta por su cuidado y educación<sup>19</sup>. Así, el núcleo del nuevo modelo de familia correspondía en última instancia a una relación renovada y más intensa entre progenitores e hijos, y, en especial, entre madre e hijo<sup>20</sup>. Como hilo conductor de todo ello, los sentimientos y los afectos cobraron un mayor protagonismo.

### **La familia y los afectos: su reflejo en la prensa**

Para entender el proceso de construcción discursiva de la familia sentimental desde la prensa decimonónica, se van a tratar tres temas que reflejan de forma notable los cambios y adaptaciones que se fueron gestando a través de los periódicos y revistas que recorrieron este siglo. En primer lugar se atenderá a las relaciones entre los esposos, más tarde a los vínculos mantenidos con los hijos y finalmente se dedicará atención al espacio protagonista de todas estas diatribas: el hogar.

Antes de comenzar con un análisis pormenorizado de los artículos periodísticos, hay que señalar, a modo de introducción, que la prensa de este siglo, a pesar de no convertirse en un objeto de consumo de

<sup>19</sup> J. Goody, *La familia europea*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 122-123.

<sup>20</sup> M.J. Maynes, *Culturas de clase e imágenes de la vida familiar correcta*, en D. Kertzer, M. Barbagli (comps.), *Historia de la familia europea. La vida familiar desde la Revolución Francesa hasta la Primera Guerra Mundial (1789-1913)*, volumen 2, Paidós, Barcelona, 2002, p. 301.

masas hasta casi el final de la centuria, sí que jugó un papel destacado en la difusión de ideas y discursos, sobre todo a partir del uso partidista que hicieron de ella las diversas corrientes ideológicas y la propia Iglesia católica – aún siendo bastante tardía la aceptación de ésta por parte del pensamiento eclesiástico –<sup>21</sup>.

## **El amor conyugal entre los esposos**

El punto de partida para la familia sentimental debía establecerse en su acto fundacional por antonomasia: el matrimonio. De esta forma, tras la unión de la pareja a partir de la cual se formaría la posterior familia, se debía de comenzar a gestar un universo de sentimientos que tenía su primera expresión en el amor entre los esposos. De hecho, en el mundo anglosajón, ya desde el siglo XVII, el matrimonio pasó de entenderse desde su carácter formal hacia nuevas formas que tenían en cuenta el compañerismo, el afecto por la vida y más tarde, la dimensión sexual (que era capaz de expresar, apoyar y reforzar el amor)<sup>22</sup>. Buena muestra de esto que se expone aparece en este diario de mediados de la centuria, que comienza expresando cómo debían ser las relaciones ideales entre estos dos seres:

La esposa y el esposo, comparten sus opulencias, sus placeres, sus privaciones: son mutuos consejeros en todas las vicisitudes de la vida: el uno al otro, se enjuagan las lagrimas: no hay secretos entre los dos: se encuentran en todas partes: juntos van a todas partes: son unas mismas sus inclinaciones; y en este estado de felicidad, son envidiados del mundo entero<sup>23</sup>.

En este sentido, el mensaje que se derivaba del artículo incidía en dos cuestiones fundamentales: el compañerismo del que debían hacer gala ambos y el sentido de reciprocidad que marcaba sus pautas relacionales. El hombre y la mujer tenían que permanecer juntos en los buenos y malos momentos, ayudándose y tratando de ser el apoyo que el otro necesitara. No solo eso, sino que además no debían estar separados, pues el verdadero matrimonio feliz era aquel que hacía vida conjunta, no solo en los espacios interiores como el hogar, sino

---

<sup>21</sup> J. Longares Alonso, *Los canales de difusión de ideas en los comienzos del liberalismo español*, en M. Andrés, V. Cacho, J.M. Cuenca (eds.), *Aproximación a la Historia social de la Iglesia Española contemporánea*, Ed. Biblioteca La Ciudad de Dios Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, San Lorenzo de El Escorial, 1978, pp. 163-180.

<sup>22</sup> M. Anderson, *Aproximaciones a la historia de la familia occidental (1500-1914)*, Siglo veintiuno, Madrid, 1988, pp. 56-57.

<sup>23</sup> *La luna*, n. 4, 1848, Madrid, Gb.

también en el mundo exterior. Al tiempo, y como muestra de esa apertura hacia el mundo de lo íntimo, el autor señalaba que entre ellos no debían existir los secretos ni las mentiras. El matrimonio que se preciara, la pareja que quisiera introducir el afecto en sus relaciones, debía mostrarse segura y confiar plenamente en su compañero.

Como se puede comprobar, lo que se hacía con los escritos anteriores era ensalzar las cualidades del matrimonio en última instancia, pues se entendía que solo a través de éste, y gracias a la introducción de esa vertiente sentimental, se podría conseguir la felicidad y el bienestar de la familia. Pero éste no fue el único recurso que se utilizó en la prensa para transmitir este discurso hacia la opinión pública, pues muchas veces se apeló a historias o cuentos sentimentales – con claro carácter moralizante o ejemplarizante – para hacer valer las ideas que se querían expresar. Esto no fue raro durante el siglo XIX, pues no resultó extraño que se recurriera a este tipo de relatos o a la evocación de personajes del pasado para mostrar cómo debían comportarse hombres o mujeres<sup>24</sup>. Se trataba, por tanto, de mostrar de una forma sencilla y clara cómo debían establecerse sus relaciones, cuyo sesgo principal debía ser el mutuo amor que se profesaban marido y mujer. En ocasiones, estas historias, en un tono marcadamente exagerado, mostraban situaciones idílicas y utópicas, aunque en otras muchas, con tal de causar una cierta impresión en los lectores, se dejaban llevar hacia relatos trágicos. Es el caso de la historia que contaba el periódico femenino *El tocador*, que a pesar de los hechos tristes que narraba, no hacía otra cosa que revalorizar el cariño y el afecto dentro del matrimonio:

Permitidme, añadió, que después de esos días de luto, se me conceda reunir a los parientes de mi marido, y darles un banquete en una de las torres de vuestro alcázar. El emperador concedió a la viuda cuanto pedía, y habiendo llegado el día destinado el festín, se verificó éste con extraordinaria suntuosidad. El emperador estaba presente, y habiendo bebido con exceso, quedó embriagado. Entonces la fiel esposa aprovechando la oportunidad, y fingiendo querer tomar el aire en una de las ventanas de la torre, se precipitó desde su altura y se hizo pedazos<sup>25</sup>.

Para ello, y como se ha comprobado en el texto anterior, narraba una supuesta historia que mostraba cómo era el amor conyugal entre los esposos en Japón, tierra alejada y envuelta en un cierto exotismo

---

<sup>24</sup> Destaca en este caso el ejemplo de *El periódico de las damas* y su sección de biografías: F.J. Crespo Sánchez, *Un modelo de mujer en la prensa del Trienio Liberal: análisis a través del Periódico de las Damas*, «El argonauta español», n. 11 (2014), p. 11.

<sup>25</sup> *El tocador*, n. 3, 28 de julio de 1844, Madrid, Gb.

para los occidentales de la época. Contaba que el emperador de este país quiso casarse con una mujer que en ese momento ya tenía marido, por lo que le resultaba imposible. Para poder acceder a sus deseos, aún sabiendo que estos no eran correctos, mandó ejecutar al hombre, rompiendo así un matrimonio feliz. La viuda, apenada y entristecida por la pérdida de su compañero, pidió al emperador, en un gesto de compasión, treinta días para poder llorar el recuerdo de su desaparecido esposo. Cuando pasó este periodo, la mujer solo hizo una demanda más, poder celebrar una reunión en la que juntarse con la familia política que le quedaba y honrar la memoria del difunto. Finalmente, y como símbolo de su amor, pero también como muestra de la fidelidad hacia su feliz matrimonio, la mujer prefirió el suicidio antes que volver a casarse con el emperador. Un relato triste, pero que ponía de manifiesto la fuerza de sentimientos como el amor, el afecto y la fidelidad entre la pareja.

Junto a esas argumentaciones, que incidían en las idílicas relaciones entre los esposos, siguió planeando la necesaria subordinación de la mujer hacia el hombre, que también debía seguir presidiendo la convivencia entre los matrimonios. Elemento que tampoco es ajeno o diferente a la realidad de la familia europea del momento, pues como se ha analizado en diversas obras, debía primar la enseñanza de una actitud de obediencia y dependencia al mundo masculino, hecho que beneficiaría los roles que la mujer debía mostrar en la familia patriarcal<sup>26</sup>. A pesar de esto, lo que se buscaba, dentro de esas nuevas características afables y amables, era que la esposa tratara bien a su marido de forma natural, escapando en cierta medida de ese respeto basado en el miedo o en los malos tratos (como si que había ocurrido en siglos anteriores con mujeres e hijos cuando eran corregidos físicamente por parte de los padres)<sup>27</sup>. Destaca en este caso, como muestra de la esposa sentimental que se buscaba, el siguiente fragmento, extraído de la supuesta correspondencia entre una madre y su hija que reproducía un periódico. En estas cartas, la madre aconsejaba a su hija sobre cómo debía ser su comportamiento tras haberse casado. Al final la idea que reflejaba era que la mujer debía ser la compañera fiel del hombre, actuando de buena fe con él y siendo obediente, pero pidiéndole al mismo tiempo consejo cuando ella lo necesitara. Se trataba de hacer la vida de su esposo más fácil, mostrándole siempre el afecto y el cariño que

---

<sup>26</sup> M. Mitterauer, R. Sieder, *The European Family*, The University of Chicago Press, Chicago, 1988, p. 104.

<sup>27</sup> L. Guttormsson, *Las relaciones paternofiliales*, en D. Kertzer, M. Barbagli (comps.), *Historia de la familia europea. La vida familiar desde la Revolución Francesa hasta la Primera Guerra Mundial (1789-1913)*, volumen 2, Paidós, Barcelona, 2002, pp. 369-410.

por él sentía. Se pretendía promocionar, en definitiva, la imagen de la esposa afectiva y sensible. Bajo esa premisa, el aspecto físico también era importante, por lo que la mujer debía aparecer elegante, coqueta y bien parecida para agradar a su marido (no solo tenía que ser, sino también parecer). La forma de presentarse, por tanto, era también un apéndice más desde el que mostrar sus sentimientos y congratular a su hombre, pero siempre dentro de los límites que la decencia y el recato marcaban. De otro lado, esa complacencia mostrada por la mujer, tenía que reflejarse en la familia de su marido, que debía ser también el objetivo de sus afectos y cariños. Así decía esta sugerente misiva:

Pero, ¿qué digo? Mi cariño hacia ti me hace pedirte una cosa injusta: tu primer deber hoy es complacer a tu marido y a los padres de éste... Mérida, no debes obrar respecto de tu marido solo con el corazón; pídele auxilio a la reflexión y algunas veces al cálculo: que lo deban todo a tu bondad... Se cariñosa y amable siempre, jamás oficiosa: todas las mujeres despreciadas, lo son porque ellas se han rebajado antes... Se la compañera de tu marido, la amiga, y el consuelo... Jamás, cuando te convida a salir con él, le respondas con un no duro y helado, ni siquiera con una excusa: acompáñele siempre que él lo desee: y para esto deja todas tus ocupaciones, todas tus distracciones... No le ofendas nunca y conserva ese respeto que es la base de la felicidad del matrimonio... El hombre es el jefe de su casa: de él debe nacer la iniciativa para todo lo que toca a la prosperidad, al manejo de los negocios, y al porvenir de sus hijos: él debe ser el amparo de los suyos, y el dueño de la hacienda... No descuides los atractivos que debes a la naturaleza: se elegante siempre para ser agradable: envuélvete en el manto delicado de la distinción y de la coquetería<sup>28</sup>.

Una argumentación similar expresaba el siguiente periódico, pues iba más allá al señalar claramente que la misión de la mujer era cuidar de forma muy minuciosa a su marido. Tanto es así, que exponía como ésta debía preocuparse por su aspecto físico en lo que a la vestimenta se refiere. La mujer sensible, la amante esposa, guardaría bien los cuidados físicos de su esposo, pues también se deslizaba la idea de que la mujer tenía una especial inclinación por las modas y la elegancia, teniendo así que ayudar a su marido en la elección de sus vestimentas. De hecho, y a favor de esta idea, durante este siglo, muchas revistas y periódicos dedicados a las mujeres, estuvieron acompañados por figurines y patrones de confección<sup>29</sup>. Quizás, una de las pretensiones que se manifestaron desde la prensa, fue la de asociar a la mujer senti-

<sup>28</sup> *El Ángel del hogar*, n. 7, 24 de febrero de 1865, Madrid, Bne.

<sup>29</sup> L. González Díez, P. Pérez Cuadrado, *La Moda elegante ilustrada y el Correo de las Damas, dos publicaciones especializadas en moda en el siglo XIX*, «Doxa Comunicación», n. 8 (2009), pp. 53-72.

mental con el estilismo y la moda, pero no solo en pos de su ornato, sino con la capacidad que tenía ésta de ayudar al sexo masculino con su apariencia. Ya fuera a través de la palabra escrita o de las ilustraciones, se trataba de transmitir un discurso que debía redundar en la consolidación de ese amor conyugal del que se viene hablando.

En fin, hija mía, si una madre de familias debe ser la superintendente de todos los aposentos de su casa, ¿con cuánta más razón no lo será del de su marido? Has de cuidar pues de él especialmente, visitarle, y hacer que todo se halle allí con el debido arreglo. Aun te digo más: acostúbralo a que vista a tu gusto, y le tendrás como el hombre más satisfecho del mundo<sup>30</sup>.

En la construcción de esas idílicas relaciones, no podía faltar la adulación de las características propias de la mujer – entendidas como naturales a su sexo por parte de la construcción discursiva que se hacía del universo femenino –, es decir, aquellos factores que indudablemente eran considerados por estos pensadores como elementos claves para conseguir la consolidación del modelo matrimonial y familiar por excelencia. De esta forma, si la mujer era dulce, amable y responsable con sus cometidos, el marido sería feliz y el proyecto familiar tendría éxito. La esposa era, ante todo, motivo de alegría y sustento en los momentos de pena, una dualidad que la convertía en un puntal importante en el proyecto de construcción de la familia sentimental. A partir de esa concepción que se está analizando, parece que cobra sentido la idea de que el sexo femenino durante el siglo XIX, a pesar de que se dio una cierta equiparación de sus roles y funciones dentro de la pareja, sufrió un proceso de imposición de un pensamiento social que emanaba desde el mundo masculino y que tuvo uno de sus reflejos más tangibles en la prensa<sup>31</sup>.

Mirad a la joven cuidar a sus parientes enfermos y devolver al padre el declinar su vida los tiernos cuidados que también recibía ella de su madre. ¿Comienzan a aparecer y a abrirse sus gracias? La mujer sabe que su sonrisa es una recompensa que concede a los laudables esfuerzos, al mérito del hermano o de un prometido esposo. Su mirada llena de ternura les enseña el camino del deber y de la ciencia, que les hace más fácil y más dulce. Esposa, es la alegría de la casa, el consuelo de su familia y la fortuna del esposo, cuyos bienes desaparecerían pronto sin ella por falta de orden<sup>32</sup>.

---

<sup>30</sup> *Periódico de las Damas*, n. 12, 25 de marzo de 1822, Madrid, Bne.

<sup>31</sup> S. Pujol Russell, *La mujer: una visión de época. De la necesaria documentación histórica (1800-1859)*, «Anales de literatura española», n. 18 (2005), p. 290.

<sup>32</sup> *Museo de las familias*, n. 147, 1 de enero de 1857, Madrid, Bne.

La pareja se completaba con el hombre, que también debía responder a un modelo concreto. De esa forma, el marido que se preciara, debía permanecer el mayor tiempo posible en casa, cuidando de su esposa y de sus hijos. Igualmente, debía mantener a su familia, por lo que tenía que trabajar y ganar el dinero suficiente para esa tarea (el viejo y permanente principio de oeconomía)<sup>33</sup>. Esta argumentación traía consigo otro conjunto de consideraciones, pues se entendía que para poder cumplir con esas prerrogativas, el hombre debía evitar los espacios públicos en la medida de lo posible –aunque en cierta forma seguía siendo el protagonista, al menos a nivel discursivo, del mundo ajeno al hogar –. Por ello, no resulta extraño que en muchos periódicos de la época, se avisase contra los peligros que podían poner en riesgo su tarea como marido y padre. Estos no eran otros que las diversiones que lo alejaban de su esposa: el alcohol, los juegos de azar y la prostitución. Estos elementos, que eran considerados como vicios, actuaban en dos direcciones opuestas a la familia y al amor conyugal (incluso, la medicina alienista de la época, llegaba a considerar que estos males sociales tenían causas basadas en problemas de tipo moral)<sup>34</sup>. De un lado, eran los causantes de la dilapidación del dinero que debía ser destinado a la manutención de las familias; y de otro, provocaban malos tratos y peleas en el seno de los matrimonios. Por tanto, estos placeres mundanos, que eran reprobados del todo, atentaban directamente contra el mundo de los sentimientos y contra las buenas relaciones de pareja, pues eran antitéticos frente a los valores que se transmitían desde la prensa. Más bien, el modelo de esposo que se buscaba era el siguiente:

Tan ridiculizado por la literatura satírica, como las suegras, es el marido fiel que no corre aventuras y permanece en su casa haciendo de la bata comfortable y de las zapatillas enemigas de las correrías... Pues mientras esto suceda y la sociedad no conceda a la capa de José, a la bata y a las zapatillas y el gorro de dormir todos los prestigios que merecen y toda la importancia que tienen en sus relaciones con la moral, serán,... difíciles de realizar los buenos propósitos de la respetable sociedad de padres de familia<sup>35</sup>.

Se estaba condenando esa imagen sarcástica que en muchas ocasiones se había llevado a cabo contra los hombres que preferían a la

<sup>33</sup> Estudiado en B.P. Priddat, *Theoriegeschichte der Wirtschaft: oeconomia/economics*, Fink, Paderborn, 2002.

<sup>34</sup> R. Campos Marín, *La teoría de la degeneración y la medicina social en España en el cambio de siglo*, «Llull», n. 21 (1998), p. 339.

<sup>35</sup> *Ilustración Ibérica*, n. 532, 11 de marzo de 1893, Barcelona, Amm.



familia y el hogar frente a diversiones como la taberna o la casa de juego. En lugar de provocar la burla, estos maridos debían ser considerados como los auténticos baluartes de la buena marcha de la sociedad. Por tanto, aludiendo a una simbología que hacía hincapié en los elementos propios de la vida íntima de la casa (como era el caso de la evocación de la figura de San José, símbolo por antonomasia del marido fiel y de la paternidad aceptada), se insistía en ese giro del sexo masculino hacia los afectos y los sentimientos. Lógicamente, no solo era necesario ese regreso al hogar, sino que esas sensibilidades tenían que dejarse sentir con su esposa. Así, el marido debía ser cariñoso y comprensivo, pero también mostrar una actitud protectora, que en muchas ocasiones, se confundía en la prensa con una posición de superioridad moral que legitimaba su capacidad de corrección hacia su pareja (fruto, quizás, de esa desigualdad que se seguía promocionando entre los géneros). En todo caso, lo que quedaba claro era que el hombre debía adaptarse hacia esas nuevas realidades sentimentales que comenzaban a matizar las relaciones matrimoniales. Este artículo volvía a insistir en estas cuestiones de forma clara:

Al hombre le toca ser afable, amable y condescendiente con su mujer... Guarda a la tuya las atenciones del amante, y haz que ella encuentre en ti la protección del marido: esto es, el valor que se respeta y la dulzura que atrae y que cautiva... Háblale con firmeza cuando sea preciso, pero jamás de manera que pueda herir su amor propio. Procura que comparándote con los otros, halle en ti todas las ventajas: y a este fin sea para ella el más galante, el más complaciente y cariñoso de los hombres<sup>36</sup>.

En resumen, se puede decir que, pese a la permanencia de algunas características como la autoridad o la jerarquía (concepción de vertiente hegemónica que posee un largo recorrido en la historia de Europa, como señaló Stone en el análisis que desarrolló sobre los cambios familiares en Inglaterra durante la Edad Moderna)<sup>37</sup>, lo que la prensa proponía desde sus discursos era la evolución de las relaciones familiares – en este caso entre los esposos – hacia un marco mediatizado por los buenos valores y la preeminencia de los sentimientos amorosos. Se presentaba una pareja que debía gestionarse desde el cariño y el respeto, un matrimonio que en cierta medida empezaba a tener en cuenta entre sus principales baluartes el amor romántico.

---

<sup>36</sup> *El Ángel del hogar*, n. 13, 8 de abril de 1865, Madrid, Bne.

<sup>37</sup> L. Stone, *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra 1500-1800*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

## El cariño hacia los hijos

El cariño entre los esposos solo era el primer peldaño dentro de la familia sentimental. La siguiente etapa de este proceso debía concretarse en los hijos, resultado natural del matrimonio y fin último de éste al mismo tiempo (concepto ya descrito por Shorter en su clásico estudio, en el que asegura que el bienestar de los hijos se convierte en una de las principales preocupaciones de los padres)<sup>38</sup>. Para entender qué se decía sobre las relaciones paternofiliales, nada mejor que reproducir el siguiente artículo, que de forma catastrofista, exponía lo que nunca debía producirse en el seno de las familias:

Un padre asesinando a su hijo, es un insensato (no queremos decir otra cosa) que rasga su propio corazón. – Un hijo inmolando a su padre, es un ser destituido de todo lo bueno; del amor, del respeto de la piedad, de la gratitud. – Un hijo matando a su madre... no añadamos ni una palabra más... está ciego, no ve; no hay en él acción deliberada: es todo él un instrumento matador que, insensible, cae sobre el pecho de aquella que le creía un ángel cuando era niño<sup>39</sup>.

De esta forma, lo que mostraba la publicación era un escenario del todo detestable y que para nada tenía que ver con las verdaderas funciones de la familia sentimental. Muy al contrario, se entendía que las relaciones entre padres e hijos debían ser cordiales y amorosas, marcadas por el mutuo entendimiento y por la afabilidad en el trato. Por contra, lo que el artículo anterior señalaba – exponiendo incluso casos de asesinatos y el odio latente entre estos individuos –, era el modelo que se debía evitar a toda costa. En esa imagen desastrosa que proponía, lo que se dejaba ver era la ruptura de los afectos familiares, dando lugar a la desaparición en última instancia de la familia. Quizás se trate de un ejemplo exagerado, pero como se ha señalado en alguna ocasión ya, la idea era que estos discursos llegarán de la forma más contundente posible a la opinión pública, por lo que era necesario utilizar todos los recursos a favor en pos de este cometido.

Dentro del tema que se está tratando, el de las relaciones de cariño hacia los hijos, hay que destacar que la Iglesia católica siempre mostró una cierta preocupación en estos asuntos. Esto puede explicarse a partir del siguiente axioma: el mundo religioso entendía que estos nuevos seres formarían en el futuro las nuevas generaciones de fieles hacia su causa. Al mismo tiempo, el pensamiento de corte

---

<sup>38</sup> E. Shorter, *The making of the modern family*, Basic Books, Nueva York, 1976, p. 168.

<sup>39</sup> *La Adelfa*, n. 15, 15 de marzo de 1847, Albacete, Amm.

liberal, que recogía en su ideología una parte de los planteamientos ilustrados, también elevó la cuestión de la infancia a un elemento de vital importancia dentro de sus planes para fortalecer la naciente – y aún en formación – sociedad liberal, generando en ocasiones un cierto conflicto con los intereses eclesiásticos (de hecho, se ha llegado a decir que en todo este proceso de evolución desde el Antiguo Régimen hacia la formación del Estado liberal, la Iglesia católica perdió poder efectivo y teórico)<sup>40</sup>. En todo caso, lo que demuestra todo ello es una creciente atención sobre estas cuestiones, siendo el resultado final la mayor complejidad en su evolución a lo largo de la centuria. Como ejemplo de esto que se viene exponiendo, resulta revelador el siguiente artículo perteneciente a una publicación cercana al pensamiento eclesiástico. En ella, se establece una sugerente comparación, a modo de antítesis, entre las dos formas en las que podía expresarse el cariño y el amor hacia los hijos. Evidentemente, a la hora de acercarse a ella, hay que tener en cuenta el sesgo ideológico que la nutre; pero ello no impide valorar el trasfondo del mensaje: la relación entre padres e hijos comenzaba a cobrar mayor presencia en las páginas de los periódicos.

¡Qué diferencia tan grande se nota en el hogar de la familia pagana y en el de la cristiana! En la primera, el padre manda fríamente a su hijo a la calle, como una inmundicia y en manos extrañas le condena a morir cuando apenas han abierto los ojos a la luz del mundo. En la segunda, el padre cristiano recibe en sus brazos al inocente niño, le hace mil caricias como ángel custodio de la vida física de sus hijos, son más principalmente de la vida moral. Iluminados por la fe, su ternura se hace más ingeniosa y más constante. Las rodillas de la madre son su primera escuela y los ejemplos del hogar doméstico sus primeros maestros. Es pues, una atmósfera de fe, caridad y de virtudes cristianas, en el que crece el hijo de esta familia; y tales principios hacen presentir, cuál será su completa educación<sup>41</sup>.

El texto era claro, en el hogar sin religión, los padres no se preocuparían por sus hijos, demostrando su escaso amor y cariño por ellos. Como resultado de todo, se provocaría el abandono de los infantes y su perdición ante los vicios y peligros que el mundo les ofrecía. Para el pensamiento eclesiástico, la familia que siguiera los principios del dogma – que eran los valores necesarios para el buen funcionamiento de ésta –, llegaría a consolidar un núcleo familiar basado en los sentimientos y en los afectos.

---

<sup>40</sup> J. Andrés Gallego, A.M. Pazos, *La Iglesia en la España contemporánea, 1, 1800-1936*, Encuentro, Madrid, 1999, pp. 54-55.

<sup>41</sup> *El álbum*, n. 31, 10 de agosto de 1877, Murcia, Amm.

En cierta forma, lo que el mundo católico perseguía era, a través de una cierta equiparación y adaptación discursiva con lo que exponían otras formas de pensamiento, presentar su modelo de relaciones familiares como el único que aseguraba la presencia de los sentimientos y el amor en su esencia. De una forma o de otra, el universo de lo sentimental comenzaba a abrirse paso en los discursos que trataban de mediatizar la vida cotidiana de las familias, siendo su fin último conseguir la plasmación real de todas estas prácticas en las conductas de los individuos.

Al tiempo, esas renovadas relaciones con los hijos tenían un apéndice claro en la importancia conferida a la educación de estos. En última instancia, ese interés por la instrucción de los hijos sería una forma más de demostrar el amor y el afecto que por ellos se tenía. Tanto fue así, que llegó a convertirse en un asunto capital, por lo que desde la prensa de distinta ideología se trató constantemente. Tema que tuvo gran repercusión a nivel europeo, caso de los países de tradición anglosajona, donde esta nueva actitud con los hijos fue visible desde siglos anteriores, pues eran considerados como una responsabilidad, seres frágiles necesitados de comprensión y protección (cabe destacar que los bebés comenzaron a ser considerados como pequeños seres humanos). Fruto de esas variaciones, nació el concepto más sentimental de paternidad y maternidad, con sus deberes y obligaciones hacia el niño<sup>42</sup>. Sumando a esto, y como elemento que se debe tener en cuenta, qué duda cabe que en esta época la educación también fue entendida como un mecanismo que podía facilitar el control y la ordenación de la sociedad, pues como bien se ha señalado, ésta lleva consigo la «transmisión directa y expresa de un conjunto de verdades, dogmas o creencias que deben aceptarse y no ser puestas en duda y la formación de hábitos o adopción de buenas costumbres»<sup>43</sup>. De ahí el notable interés que suscitó en los diversos segmentos del pensamiento, que vieron en la instrucción de los niños una forma más de reproducir sus modelos y valores.

Dentro de ese marco relacional, desde muchos periódicos se expresó la idea de que uno de los símbolos más evidentes del amor de los padres hacia los hijos, pero también un deber ineludible dentro de sus funciones, era la preocupación por su educación, pero en una doble vertiente que resultaba además inseparable, la formación para un oficio (elemento que se encuentra también en el contexto de las sociedades anglosajonas preindustriales, donde la educación de los

<sup>42</sup> M. Anderson, *Aproximaciones a la historia de la familia* cit., pp. 65-66.

<sup>43</sup> A. Viñao Frago, *Historia y educación en Murcia*, Murcia, Universidad de Murcia, 1983, p. 18.

jóvenes se convierte en un verdadero aprendizaje profesional en el seno del grupo familiar)<sup>44</sup> y la espiritual<sup>45</sup>. En la construcción de la familia sentimental, este tema resultaba a todas luces fundamental, por lo que progresivamente se fue mostrando un discurso que equiparaba a los padres afectivos como aquellos que mostraban interés por la debida y correcta instrucción de sus retoños. Educar a un hijo era una prueba infalible de su amor por ellos. En esa línea argumental se expresaba el ya citado diario *El tocador*, que ofrecía la siguiente imagen:

Al pedir a las madres que eduquen a sus hijos, les pedimos que les enseñen a apreciar lo bello, lo verdadero, lo justo, que les den una conciencia recta, que les acostumbren desde que nacen a hacer el uso debido de la razón que progresivamente va en ellos desarrollándose... La madre que enseñase a sus hijos a amar el bien sin enseñarles a distinguirlo del mal, perjudicaría casi tanto su moral, como la que enseñándoles a distinguir el bien del mal, no les hiciese concebir amor a aquel y odio a éste<sup>46</sup>.

Pero, ¿en qué debía consistir esa educación? ¿Qué elementos eran considerados como necesarios? En el ejemplo anterior – que solo cita a la madre, pero que también es elevable a las funciones del padre –, se ponen de manifiesto las enseñanzas que pueden transmitirse con el ejemplo diario, pues se entendía que los padres eran el espejo en el que debían mirarse sus descendientes. De esta forma, sería necesario que los hijos aprendieran la buena moral, los correctos valores, los principios del respeto a la patria y el gusto por el trabajo, a los que habría que sumar, en función del periódico, la importancia que tenían las nociones básicas sobre el dogma católico<sup>47</sup> – aunque también es cierto que en líneas generales no se dudaba de la necesidad del componente religioso dentro de los planes educativos –. En definitiva, todos estos elementos que expresaban amor y cariño, redundarían en la felicidad de los niños y les ayudarían a conseguir una mejor vida en el futuro.

Un artículo que resulta muy exhaustivo de esto que se viene comentando es el siguiente, perteneciente a la revista femenina *El*

<sup>44</sup> M. Segalen, *Antropología histórica de la familia*, Taurus Universitaria, Madrid, 1992, p. 156.

<sup>45</sup> E. Guerrero, *Historia de la educación en España. Del despotismo ilustrado a las Cortes de Cádiz*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1985, p. 29.

<sup>46</sup> *El tocador*, n. 3, 28 de julio de 1844, Madrid, Gb.

<sup>47</sup> Labor que debía comenzar con el sacramento del bautismo: G. Alfani, P. Castagnetti, V. Gourdon (dirs.), *Baptiser. Pratique sacramentelle, pratique sociale (XVI-XIX siècles)*, Publications de l'Université de Saint-Étienne, Saint-Étienne, 2009.

*ángel del hogar*. En el mismo se realizaba una enumeración minuciosa de todas las tareas que, con cariño y amor, la madre realizaba a lo largo del día con sus hijos. Desde primera hora de la mañana y hasta el momento de ir a la cama, la madre estaba siempre presente y asumía en todo momento su labor vigilante, muestra una vez más de la preocupación que tenía por sus retoños. Ya fuera aseándolos, vistiéndolos o ayudándolos con los estudios, la madre que quisiera demostrar el afecto por sus hijos y cumplir con su misión, debía situarse prácticamente como una figura omnipresente que intervenía en todos estos menesteres. Como no podía ser de otra forma para este periódico, en todas estas atenciones y enseñanzas, independientemente de que estuvieran destinadas a la instrucción de carácter más general o a la formación de la moralidad, siempre debía estar presente el respeto a la religión. Por ello, el dogma ocupó un espacio preponderante en los cuidados y lecciones que los padres debían dar hacia su prole<sup>48</sup>. En todo caso, y como una forma de mostrar la reciprocidad dentro de las relaciones familiares, no solo los hijos eran los beneficiados con estas actitudes, sino que los padres, sabedores de que estaban haciendo lo correcto, se mostraban felices y alegres ante los buenos actos que estaban llevando a cabo para con sus seres más queridos. Un ambiente que, aunque utópico en muchas de sus formulaciones, no dejaba de mostrar más vértices tangibles de esa familia sentimental que se desprendía desde la prensa hacia la opinión pública:

¡Soy yo tan dichosa educando a mis ángeles, presidiendo sus estudios, formando, en fin su corazón para la virtud!... Creo que para educar a los niños con acierto se debe, lo primero, estudiar su carácter y propensiones, y que lo que para unos puede traer la cura radical de malas disposiciones, las puede exasperar en otros. He procurado, desde que la luz de la razón ha empezado a despuntar en mis dos hijos mayores, formarles el corazón que es a mi juicio el regulador de todas las acciones importantes de la vida... Me levanto temprano y yo misma visto y aseo a mis hijos, desayunándome con ellos en el comedor. Pasamos después a su habitación donde cada uno toma sus libros, pues aún soy yo felizmente quien dirige sus estudios. A la una se terminan las lecciones y se visten para comer a las dos: después de la comida, hay un rato de recreo en el jardín y yo me retiro a reposar un poco a mi cuarto. Por la tarde salimos a dar un paseo solitario: no perdono medio alguno que mis hijos estudien el gran libro de la naturaleza: en cada cosa que les sorprende, les hago ver y admirar el poder de Dios: algunas veces, después de mirar una florecilla, o la

<sup>48</sup> F. J. Crespo Sánchez, *La imagen de la juventud en la prensa: una aproximación a su caracterización (finales siglo XVIII-siglo XIX)*, «Revista de Demografía Histórica», A. 31, n. 1 (2013), pp. 57-84.

primera estrella que aparece en el horizonte, brota de sus labios inocentes una oración que estoy segura acoge Dios en su inmensa bondad con paternal sonrisa. A las nueve se cena, y después rezo con mis hijos las oraciones de la noche y les acuesto enseñuida<sup>49</sup>.

Pero el amor fraternal hacia los hijos no solo se vería reflejado en los cuidados morales, sino que los cuidados físicos, sobre todo en las edades más tempranas, serían otro de los baluartes que pondrían de manifiesto el mundo de los sentimientos. En este caso, la alusión directa se producía hacia las madres, que debían ser las garantes de la buena crianza de los bebés. Como se venía señalando, fruto del consenso entre los pensamientos de diversas ideologías y de las corrientes higienistas<sup>50</sup>, desde la prensa se llevó a cabo toda una campaña para explicar las reglas que las madres debían cumplir para criar de forma segura y amorosa a sus retoños. Ese era el espíritu del siguiente diario, que incluía un prolijo artículo en el que daba cuenta del conjunto de premisas que tenían que realizar las mujeres en su función maternal; señalando como, en muchas ocasiones, era la ignorancia de éstas, y no la falta de sentimientos, lo que no las dejaba cumplir de forma eficiente con sus labores de crianza. Por ello, aseveraba que la lactancia materna aseguraba enormemente la supervivencia del niño en los primeros años o se explicitaba el número de veces que debía llevarse a cabo cada día este proceso de alimentación. Al tiempo, se insistía de nuevo en las observaciones que complementaban a estas prácticas y que tenían el objeto de ayudar en la instrucción de los niños. Así, se decía que estos no debían compartir cama con los padres, evitando de esta forma que pudieran fallecer por causa de ahogos o aplastamientos fortuitos. En definitiva, la presencia de todos estos discursos dejaba entrever esa mayor preocupación por la infancia, ese mayor interés en su atención y cuidado. Los sentimientos, que se plasmaban en gestos hacia ellos y en la importancia de su correcta formación, denotaban ese giro tomado por la familia hacia lo afectivo:

Las madres pecan casi siempre, en lo concerniente a la salud y bienestar de sus hijos, por ignorancia. Por eso vamos a resumir, en forma concisa, a fin de que puedan grabarse fácilmente en la memoria, las principales reglas que deben observar las madres... I. La lactancia materna conserva la vida de 90 niños en cada 100 durante el primer año de su existencia. II. La madre que

---

<sup>49</sup> *El ángel del hogar*, n. 47, 24 de diciembre de 1865, Madrid, Bne.

<sup>50</sup> Estudiado en E.M. Morata Marco, *La imagen de la maternidad en la España de finales del siglo XIX y principios del XX*, «Arenal: Revista de historia de mujeres», n. 2 (2003), pp. 163-190.



cría debe presentar el seno al recién nacido luego que está suficientemente re-  
puesto, lo cual sucede cinco o seis horas después del alumbramiento. VIII.  
Bajo ningún pretexto debe dormir en la cama de la madre: los ejemplos de  
niños que se han ahogado por no observarse este precepto obligan a las  
madres a cumplir con él, considerándole como un deber sagrado... XIII. El  
amor de una madre es el único que forma la educación del hombre, porque la  
educación comienza desde la cuna, y no hay nada que reemplace el cariño  
materno<sup>51</sup>.

Junto a la madre, emergía la figura del padre, de la que ya se ha  
comentado algún aspecto anteriormente. En cierta forma, dentro de  
esa configuración sentimental que se pretendía para la familia, lo  
que se estaba proponiendo era un modelo de paternidad que se  
equiparaba en la dimensión doméstica con la madre, pues el afecto  
y el cariño por sus hijos debían orientarse en la misma dirección y  
producir los mismos efectos (aunque se seguía insistiendo en la di-  
visión de géneros y funciones, caso del protagonismo en los espacios  
exteriores, reservados para el hombre, y los espacios domésticos,  
lugar de la mujer)<sup>52</sup>. El hombre debía estar presente en el hogar  
para poder educar y cuidar de sus hijos, no solo porque ésta era  
una labor fundamental, sino también porque era la forma de hacer  
ver el amor que sentía hacia sus pequeños (posición en sintonía con  
lo que venía ocurriendo en Inglaterra ya desde finales del siglo XVIII,  
con una visión de la paternidad que tenía en cuenta sus deberes  
sentimentales para con los hijos)<sup>53</sup>. Con todo ello, se dejaba sentir  
una visión que trataba de dirigir al sexo masculino hacia esas nuevas  
variables en su naturaleza y forma de ser: la mayor vocación y dedi-  
cación por sus hijos, que eran el símbolo inequívoco de sus buenos  
sentimientos.

El amor del padre no es menos puro y sublime que el de su querida  
consorte hacia los hijos comunes: ese amor constituye la grandeza y el lustre  
de las familias. El padre, que transmite su propio nombre a los hijos, no  
puede separar los derechos de su paternidad de los deberes que el cuerpo  
social le impone: su amor no tiene por límites el angosto recinto de los hogares  
domésticos: su ámbito es mucho más extenso; y el padre, fiador nato de sus  
hijos, tiene una especie de responsabilidad moral en todas sus acciones,  
porque los vicios que amancillan nuestra fama, y las virtudes, que la dan es-

<sup>51</sup> *El globo*, n. 10, 10 de abril de 1875, Madrid, Bne.

<sup>52</sup> T. Sabatos, *The image of the widower with children in Victorian art*, en T.L. Broughton, H. Rogers (eds.), *Gender and fatherhood in the nineteenth century*, Palgrave Macmillan, Hampshire, 2007, pp. 71-84.

<sup>53</sup> Realidad bien descrita en L. Stone, *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra* cit.

plendor y brillo, son siempre, en mayor o menor escala, un producto de la educación esmerada, que hemos recibíó de nuestro padres o de su culpable abandono<sup>54</sup>.

Siendo su amor igual, escapando su misión de lo estrictamente doméstico, el padre debía mostrar esa nueva faceta que lo hacía escapar de roles antiguos y lo catapultaba hacia una imagen afable y amable para con sus hijos. Un padre que, pese a mantener sus atribuciones de director de la familia, sumaba todo un paradigma sentimental que venía a completar el estrecho círculo que componía el renovado discurso sobre la familia.

### **La armonía del hogar**

Hacia mediados del siglo XIX, el periódico *Semanario pintoresco español* centraba su atención en la familia, y más concretamente se detenía en una escena hogareña que, bajo el título de «Lectura de las familias», daba buen sentir de cuál era el modelo que desde este tipo de prensa se estaba transmitiendo hacia la opinión pública. En el grabado que exponía, aparecía un conjunto familiar en el que destacaban los padres, los hijos y la abuela, reunidos en torno a una mesa y realizando diversas tareas, siendo la principal de éstas la lectura en grupo. En paz y armonía, toda la familia participaba de un idílico cuadro que venía a poner de manifiesto no solo el arquetipo familiar deseado, sino que iba más allá al proponer cómo debía desarrollarse la vida íntima del hogar. Leyendo la citada publicación en la biblioteca del padre (se entendía que éste era el espacio por excelencia del sexo masculino), la imagen no dejaba al azar ninguno de los elementos simbólicos que debían ser captados e interiorizados por el público lector. Lo ideal era que la familia sentimental compartiera ambientes y actividades, que serían la muestra tangible de las buenas relaciones entre ellos y de la concordia que debía primar en el hogar. Esta representación era, por tanto, un canto a la vida íntima de la familia, que debía desarrollarse, como no podía ser de otra forma, en su espacio por antonomasia. Bajo la atenta dirección del padre, el resto de personajes que componían el idílico cuadro, leían e interactuaban de la forma más cordial y apacible posible. De otro lado, y como complemento a lo anterior, algunos historiadores han señalado que todo este proceso discursivo también sirvió para fortalecer la autoridad del padre en el hogar como espacio

---

<sup>54</sup> *Museo de las familias*, n. 155, 1865, Madrid, Bne.

privado<sup>55</sup>, aunque ahora éste tuviera un comportamiento más sentimental.

Asimismo – y siendo una de las pretensiones del diario la promoción de la lectura en grupo –, en esa necesaria relación que se quería establecer entre la prensa y la familia, lo que se realizaba al mismo tiempo era una interesante conceptualización del espacio íntimo del hogar como un lugar donde se debían formar renovadas relaciones de sociabilidad y de intercambio entre los miembros de la familia. En todas esas interdependencias, los sentimientos eran uno de los prismas que debían imperar de forma inexcusable. En definitiva, y como una sombra que planeó sobre este tipo de discursos, lo que se estaba llevando a cabo era una potenciación de la vida en los espacios privados frente a los públicos. Lo interior entraba así en pugna con lo exterior, la familia sentimental, que debía ser la protagonista de estos lugares, debía siempre optar por el recogimiento y el desarrollo de sus capacidades en el hogar. Buena muestra de esas posiciones antitéticas que se promocionaron desde la prensa, se encuentra en el artículo siguiente:

Para conseguir la moralidad pública, no hay otro medio que promover la moralidad privada; la primera es fruto indispensable y consecuencia necesaria de la segunda: no se busque pues otro medio eficaz para promoverla<sup>56</sup>.

Con tintes moralistas, motivados claro está por su cercanía al pensamiento eclesiástico, esta publicación daba una solución para corregir los problemas que asolaban a la sociedad: frente a la decadencia del mundo exterior, solo la promoción de los valores privados que se desarrollaban en el hogar podía poner freno a los problemas que pertenecían al espacio de lo público. A pesar del sesgo ideológico evidente que mostraba este periódico, lo que demuestra el artículo es esa decidida apuesta por un modelo que debía virar desde los espacios de sociabilidad más tradicionales hacia un nuevo estereotipo que debía fundamentarse en el hogar y en lo que allí ocurría.

Todas estas ideas, que estaban en evidente sintonía con algunos de los planteamientos emanados desde el pensamiento católico o desde las propuestas liberales-burguesas de signo más conservador (sobre todo desde mediados de siglo), tuvieron un tratamiento notable desde la prensa que recorrió la centuria decimonónica. De hecho, en la Inglaterra del siglo XIX, en relación a esto que se viene exponiendo, entre la burguesía, la vida en el hogar se asoció a un nuevo conjunto

---

<sup>55</sup> J. Casey, *Historia de la familia*, Espasa Calpe, Madrid, 1990, p. 231.

<sup>56</sup> *El seminarista español*, n. 12, 20 de mayo de 1866, Vic, Gb.

de ideologías sobre los papeles sexuales en las que se incluía una estricta segregación entre el trabajo y las ocupaciones domésticas. Por ello, el hogar empezó a considerarse como un refugio en el que resguardarse<sup>57</sup>. Al final, lo que se pretendía era la formación normativa de las familias en su ambiente por excelencia, el hogar. De ahí el ya comentado interés por desprender una imagen que destinaba a los componentes de estas familias a mantener una postura afable e idílica en sus relaciones dentro del espacio privado compartido por todos. A través de recursos como el anteriormente expuesto, el de las representaciones en cuadros y grabados, se insistía considerablemente en la idea de que las familias tenían que ser un nítido reflejo hacia el mundo exterior de los excelentes vínculos que reinaban en su espacio íntimo. Con todas esas argumentaciones, se trataban de conseguir dos objetivos: de un lado, se promocionaba el correcto comportamiento que daba sentido a la familia sentimental; y de otro, se potenciaba el buen ejemplo, prácticas que podían ser vistas por otras familias y así ser imitadas. El continuado ataque a la vida exterior y a las actividades que podían poner en peligro la convivencia en el hogar, fueron una constante en los periódicos de la época:

Antes se vivía en familia; ahora se ha generalizado la moda de vivir en público. He aquí el secreto de la notabilísima multiplicidad de los establecimientos públicos. En las grandes poblaciones han tenido un aumento considerable los cafés, los casinos, los teatros y todo género de establecimientos destinados a los espectáculos públicos... He aquí un crecido número de conversaciones familiares que antes tenían natural cabida en el recinto privado del hogar doméstico, y que ahora se trasladan a un establecimiento público... Las modestas tertulias en que se reunían un corto número de parientes y amigos de confianza, eran casi el único esparcimiento que bastaba a nuestros padres: ahora empero han desaparecido casi por completo dichas reuniones de confianza, y se ven substituidas por las reuniones públicas en teatros<sup>58</sup>.

Como se puede ver, el diario denunciaba de forma clara la invasión de nuevas diversiones que ponían en peligro la vida familiar en el hogar. De hecho, cafés, tabernas y teatros eran vistos como enemigos por antonomasia, pues propiciaban la salida de los individuos y evitaban que se viviera de una forma más recogida y privada. Frente a las tradicionales reuniones familiares, en las que se podían mantener buenas conversaciones y dar lugar a intercambios orales entre los miembros de las familias, ahora primaban las salidas hacia ese tipo de espacios en los que

---

<sup>57</sup> M. Anderson, *Aproximaciones a la historia de la familia* cit, pp. 48-49.

<sup>58</sup> *El seminarista español*, n. 8, 22 de abril de 1866, Vic, Gb.

se daban cita otros individuos y situaciones. Sin lugar a dudas, el enfrentamiento entre lo doméstico y lo público era un elemento latente en todas estas descripciones, que no hacían más que condenar todo aquello que fuera ajeno al hogar<sup>59</sup>. Lo fundamental era transmitir un discurso que alabara la vida en familia y la permanencia en los espacios internos, denostando todo aquello que supusiera la salida de estos.

Por el contrario, las imágenes más dulces del hogar eran aquellas en las que sus miembros entendían que este espacio era el lugar ideal para fomentar su convivencia y el mutuo cuidado que los integrantes de las familias se debían. Ya fuera realizando las tareas domésticas, orando en familia, leyendo juntos o desarrollando actividades formativas, uno de los pilares que apuntalaba a la familia sentimental era su representación como una unidad, en la que cada uno tenía sus funciones, pero que encontraba su sentido en el seno del hogar. El *Museo de las familias* realizaba con este artículo todo un panegírico a la capacidad de lo hogareño para aunar a las familias:

Bendita debe ser la humilde casa aragonesa cuyo dibujo presentamos a nuestros lectores y en la que el artista ha visto y trasladado el interesante cuadro de la alegría interior de una pobre familia... Trataban de distraer a su hermanito, y nada más que con una sonrisa éste los divierte y distrae a todos. La alegría de la casa para una madre son sus hijos bien unidos; por los hijos es una madre feliz... El marido es feliz cuando lo es la mujer, y lo son sus hijos, que son la alegría del hogar doméstico<sup>60</sup>.

Esa era la familia ideal en el hogar idílico. Una casa humilde que despertaba la ternura y la felicidad de todos, pero que al mismo tiempo, era ejemplo para el resto de la sociedad. De esta forma, el entendimiento entre sus miembros, las buenas relaciones en definitiva, serían el principal motivo de júbilo y gozo. En el artículo se daba especial importancia a la satisfacción que sentía una madre al ver que todos sus hijos se llevaban bien y cuidaban unos de otros, lo que a la vez provocaba la delicia del marido; componiendo un cuadro final que elevaba a la familia como el remanso de los sentimientos y los afectos. Toda esta construcción, que tenía sus fundamentaciones teóricas en la alabanza de la vida privada y en el fomento de las relaciones intrafamiliares, fue el complemento ideal a la campaña de propaganda del mundo de los sentimientos efectuada desde la prensa durante el siglo XIX.

---

<sup>59</sup> Una perspectiva similar aparece en C. Hall, *Sweet home*, en P. Ariès, G. Duby (dirs.), *Historia de la vida privada. La Revolución francesa y el asentamiento de la sociedad burguesa*, volumen 7, Taurus, Madrid, 1991, pp. 53-93.

<sup>60</sup> *Museo de las familias*, n. 156, Madrid, enero de 1866, Bne.

Al margen de lo anterior, otro de los temas que planeó en la confección de lo doméstico fue el tema del ahorro, valor que puede entenderse como un elemento de cierta modernidad y de variación para la familia, pues aunque éste ya se practicaba durante el Antiguo Régimen, se desarrollaba de una forma más limitada y menos pública. Este contenido tuvo siempre una gran cabida en la prensa, pues llegó a considerarse como un asunto capital para poder confeccionar un hogar deseable y una nación próspera. Esta faceta de la vida en común, que debía ser practicada por todos los individuos que vivían bajo el mismo techo, sí que se relacionó en muchas ocasiones de forma más directa con el sexo femenino, generando todo un conjunto de discursos que insistían en el cumplimiento firme de esas prácticas. En muchos casos, para promocionar esos modelos, se trató de crear una representación en la que la mujer debía administrar de forma ordenada los recursos que el marido había ganado gracias a su trabajo; era, en cierta medida, la salvaguarda de la economía familiar. De hecho, siempre se avisaba a las féminas de los peligros que el lujo, las modas o los adornos (ya fueran para ella o para su casa) podían traer a la subsistencia de las familias. Además, todos estos factores se relacionaban con el mundo exterior y con la perversión de las conductas, por lo que debían ser combatidos a toda costa por lo privado y lo doméstico. Al fin y al cabo, lo que pretendían todos estos mensajes, que estaban al tiempo confeccionando una forma de comportarse dentro del hogar, era crear unas determinadas pautas de consumo que tuvieran como uno de sus grandes baluartes la contención y el ahorro<sup>61</sup>. Como ejemplo de esto que se expone aparece el siguiente artículo:

Debe huirse también de la prodigalidad y de la parsimonia, de lujo y de la penuria. Cuando se haga un gasto es preciso examinar si reporta utilidad y recreo. Nada debe dejarse a discreción de los criados, y si estos tienen malas disposiciones se combatirán con dulzura y benevolencia... Otro abuso es el abandono de muchas cosas, de las cuales puede sacarse un gran partido; tiramos o damos una multitud de ropa vieja que en otros países sabrían aprovechar. Evitemos todo exceso, llevemos una vida metódica, no abusemos de nuestra posición con respecto a nuestros inferiores, seamos justos con ellos, y sin severidad: la dulzura del amo es la base más sólida de la obediencia del subordinado. Examinemos cuidadosamente todos los pormenores domésticos<sup>62</sup>.

Como bien expresaba el periódico, lo importante era determinar si

---

<sup>61</sup> Una perspectiva muy novedosa sobre el tema, que aúna el estudio de lo cotidiano y de la cultura material desde la óptica de la Historia Social, se encuentra en M. García Fernández, *Cultura material y vida cotidiana moderna: escenarios*, Sílex, Madrid, 2013.

<sup>62</sup> *Boletín de Avisos de Murcia*, n. 21, 10 de junio de 1843, Murcia, Amm.

los gastos eran necesarios y útiles para la hacienda familiar, de lo contrario, no debían llevarse a cabo. El exceso solo podía llevar al error, y éste, a la ruina de los lazos familiares. Por tanto, el hogar que quisiera conformarse de manera adecuada, debía tener este valor presente y practicarlo de forma constante. Junto al ahorro, se promocionaba el aprovechamiento de los recursos hasta el último momento, evitando el despilfarro y el dispendio. La contención era, por tanto, el otro gran pilar que se sumaba a la confección de los parámetros domésticos por antonomasia. Sumado a lo anteriormente expuesto, resulta destacable este ejemplo por esa apelación que realiza nuevamente a los sentimientos, manifestados a través del buen trato que debía darse a los criados y al servicio. Todo ello, muestra una vez más esa sibilina promoción que en muchas ocasiones se efectuó de la familia sentimental, que era el gran objetivo que todos estos discursos perseguían.

De hecho, lo interesante de la conceptualización teórica que se llevaba a cabo del hogar a través de la prensa, es que aunaba muchos de los elementos que se utilizaban para poner en valor a la familia sentimental. De ahí que el ahorro y la disminución del gasto pudieran relacionarse con el cuidado de los hijos (que no dejaba de ser una muestra más del cariño de los padres hacia estos) o con la mayor unidad de la familia (pues dejarían de lado los gastos del mundo exterior para permanecer más tiempo en casa y desarrollar actividades conjuntas). Como prueba de ese carácter influyente que quería tener la prensa, que como se sabe fue un elemento determinante a la hora de orientar y crear la opinión pública, destaca este fragmento extraído de *El álbum de las familias*. En él se explicita el papel formador que podía jugar la prensa en la conformación de los valores domésticos, y más concretamente en lo referido al ahorro. Así, se pone de manifiesto que gracias a las que eran consideradas como buenas lecturas, en muchos casos las cercanas al pensamiento de corte religioso, se podía generar un adecuado ambiente en el hogar y en la familia. Por ello resultaba fundamental que las buenas novelas y periódicos fueran las protagonistas de las lecturas que se efectuaban en casa, dejando de lado todos aquellos escritos que no contuvieran los modelos considerados como válidos. El diario se expresaba de la siguiente forma:

Influir por medio de la lectura en el hogar doméstico para que se impidan las terribles consecuencias del lujo exagerado que llega a arruinar muchas veces el edificio del porvenir de los hijos a tanta costa levantado por alguno de sus laboriosos y honrados antecesores... Entre la lectura perniciosa e indiferente de ciertas novelas y la de un semanario que tiene una tendencia marcada y conocida, no cabe vacilación<sup>63</sup>.

---

<sup>63</sup> *El álbum de las familias*, n. 49, 25 de diciembre de 1866, Madrid, Bne.



En resumen, el hogar que se preciara debía basarse en tres elementos fundamentales: las buenas relaciones de sus integrantes (amables y cariñosas), la realización de prácticas familiares conjuntas (base del entendimiento y del desarrollo de una conciencia de unidad colectiva) y el establecimiento de un patrón de consumo que potenciara el control del gasto (como un nuevo dique de contención frente a los atractivos provenientes del mundo exterior). Junto a los sentimientos y los afectos, columna vertebral que unía todos estos factores normativos, la familia encontraba de esta forma todas las pautas necesarias para generar una buena convivencia y un clima de entendimiento en el hogar.

## **Conclusión**

En el inicio de este trabajo, una de las pretensiones que se planteaban era descubrir cómo habían evolucionado los discursos periodísticos sobre la familia en el tránsito del siglo XIX. Como testigo privilegiado – pero también como actor participativo – de esos vaivenes discursivos, la prensa se ha configurado como una fuente totalmente válida a la hora de estudiar la vida cotidiana y las formas de ser de las familias. Por tanto, se puede decir que en el constante proceso que se gestó para controlar y crear la opinión pública, la familia y la prensa (en lo que respecta a su función de portadora de mensajes, valores y formas de comportamiento) fueron dos realidades que se interconectaron y alcanzaron un punto de influencia mutua que no puede obviarse si se quiere entender la compleja y cambiante realidad social que atravesó la centuria decimonónica.

La familia, que fue un asunto que realmente preocupó a diversas tendencias ideológicas y a los distintos poderes, comenzó a cobrar cada vez mayor protagonismo dentro de los debates que recogía la prensa. Lo importante ya no era solo exponer cuál era el modelo correcto o cómo debían organizarse sus miembros, lo realmente crucial era conseguir que este mensaje calase en las conciencias y tuviera una reproducción real en las prácticas cotidianas que desarrollaban estos individuos. Dentro de esa dinámica, es donde debe insertarse la decidida apuesta que se llevó a cabo desde estos medios por la promoción del mundo de los sentimientos. Sin olvidar que muchos de estos planteamientos tenían su origen en otras corrientes de pensamiento y que ya se habían comenzado a desarrollar desde tiempo atrás, lo que el siglo XIX trajo consigo fue una intensificación del proceso discursivo que pretendía virar a esta institución hacia lo sentimental.

Y, ¿cómo se llevó a cabo este proceso? ¿Qué estándares se encuentran en la prensa para detectar semejantes ideas? De un lado se trató la relación entre los esposos, que aunque seguían matizadas por características como la desigualdad entre los sexos o la superioridad de lo masculino, avanzaron en el sentido de mostrar un trato de mayor complementariedad entre ambos. Sumado a esto, el amor romántico y el cariño eran nuevas señas de identidad que hacían del matrimonio un elemento más armónico y apetecible, escapando de imágenes anteriores que lo relacionaban más con un deber o un simple rito de paso que no podía evitarse en la vida. Dentro de esa dulcificación de la familia, de ese giro hacia lo afectivo, los hijos fueron un elemento a tener en cuenta. Como muestra de ello, lo que se llevó a cabo fue una revalorización de la infancia: el deber de los padres (que en el fondo tenía que ser entendido como un deseo natural) era cuidar física y moralmente de los hijos. La educación y la instrucción de estos eran una prueba más de su amor por ellos, que debía completarse con un trato en el que se desterraran las malas formas y los excesos físicos. Los hijos eran, por tanto, un regalo que debía hacer las delicias de los padres.

La comunión de todos estos factores generaba ese cuadro familiar deseado, daba lugar a lo que se ha denominado en este trabajo como la familia sentimental. Por último, esas idílicas imágenes debían desarrollarse en el espacio pensado para ello, el hogar. Éste debía entenderse como el potenciador de los afectos y la concordia, como el único territorio en el que podían ponerse en práctica todas estas directrices. Para fomentar ese discurso se procedió a desprestigiar la vida exterior (que era ajena a la esencia íntima de la familia) y a publicitar una política de consumo que siempre tuvo en el ahorro su máximo exponente. Con todo ello, con todas esas argumentaciones, casi ningún aspecto se libraba del tratamiento discursivo que se efectuaba desde la prensa para conseguir que lo sentimental se situara en un lugar central a la hora de conformar a las familias.

A tenor de lo visto hasta el momento en lo referente al mundo de los discursos, más que de cambios hay que hablar de adaptaciones; es decir, de una cierta adecuación del mensaje a las nuevas realidades imperantes. Por ello, la familia experimentó igualmente un conjunto de variaciones dialécticas que hicieron de ella un sujeto que no se basaba solo en los arquetipos que se habían desarrollado durante el Antiguo Régimen, sino que ésta evolucionó en consonancia con las demandas que traía el siglo. Así, se puede decir que la familia sentimental tenía un trasfondo teórico que la hacía solaparse con la familia conyugal o nuclear. De hecho, la confluencia que experimentó el pensamiento religioso y el liberal-burgués más conservador hacia finales de la cen-

turia, tuvo uno más de sus vértices en el modelo familiar, cuya razón de ser última y sus características se asemejaban bastante con lo que aquí se ha expuesto.

En definitiva, los discursos sobre la familia ya no eran los mismos, ahora se daba mayor importancia a los sentimientos, a las relaciones de cordialidad y al cariño entre sus miembros. La prensa, portadora y hacedora de opinión, fue un portavoz más de ese conjunto de ideas que querían convertir a la familia en uno de los agentes fundamentales para conseguir una nueva sociedad. Todo este proceso tenía en su trasfondo una clara misión, conseguir el control social y el encuadramiento de estos individuos dentro de los nuevos valores burgueses que fueron tomando importancia conforme avanzaba el siglo. Y para ello, para llegar con éxito a esa meta, la respuesta estaba en la familia sentimental.